

La azotea grande



La Azotea Grande fue un espacio social de mucha importancia a principios del siglo XIX. Era un comercio de ramos generales ubicado en el viejo camino que comunicaba Florencio Varela y Mar del Plata. Parada necesaria para los viajeros, ahí el Automóvil Club Argentino instaló su primera estación caminera. Pero además, el lugar se convirtió en el escenario de celebraciones y tertulias inolvidables. La muerte de su propulsor y la construcción de la actual ruta 2 le asestaron un duro golpe. Hoy quedan las ruinas de una construcción llamativa para la época, en el medio del campo, a seis kilómetros de Lezama.

El viento del sur meneando la copa de los árboles, ruido de voces en la lejanía, atardecer hundido en un calor sofocante. Horas de pausa en la vida ajetreada de la Azotea Grande. Y allí, los ovillos de lana mezclados en una canasta de mimbre, sobre un rincón de la galería; las manos de la abuela siendo niña juegan el juego máspreciado para matar la abulia en un rincón peculiar de concreto metido en pleno campo.

La abuela se murió hace un par de años, creo que tenía como 93. Una caída le frenó esa lucidez... el tropezón fue más que el golpe contra el piso. La memoria del cerebro en cero, desde ahí hasta la muerte, un par de meses más tarde. Salvo, salvo, para recordarse ella siendo niña.

En la Azotea Grande nació la abuela, entre muchos hermanos, sulkys y caballos. Cuando ese lugar desamparado en el viejo camino a Mar del Plata era paso obligado de cualquier

cristiano o no tanto que necesitara provisiones para seguir camino. Cuando esa estructura que hasta cancha de pelota vasca tenía, hacía de teatro de operaciones para fiestas y tertulias.

La abuela se acordaba de los ovillos de lana con tanta nitidez como del origen de su casa natal. Me dijo que al principio era un almacén de ramos generales que, dicho como si nada, había fundado su papá, un tal Bernardo Compás. Se llamaba "La Vascongada" y el 1 de abril de 1905 abrió al público. Por el arriendo del edificio y el potrero aledaño se pagaba anualmente \$ 1200 pesos de entonces. Claro que de esas cifras precisas la abuela no tenía registro, hubiera sido demasiado pedirle. La historia se completa con archivo y en las anotaciones conservadas se dice que los empleados eran Constantino Gonzáles como dependiente; Flora Torres era la cocinera y Miguel Compás el encargado de la carpintería -un anexo tan importante como

el corralón de materiales-. Cuando le pregunté a la abuela: ¿Abuela, quiénes eran los clientes?, ella me hablaba de apellidos -sin hacer nombres propios- como Jaime, Galloso, Cobo, Ludueña, Rivas y no sé cuantos otros. ¡Pero abuela vos no habías nacido!, le decía yo y ella, con la seguridad con que se devoraba dos huevos fritos en el almuerzo, me contestaba: ¿quién dijo que yo no había nacido? Y ahí terminaba el asunto porque era entrar en un terreno complicado.

Parece que un año después de la fundación, el emprendimiento se amplió al comprarse a Vicente Zubiri las mercaderías, muebles y útiles del establecimiento Azotea Chica. Por esa unión viene quizás lo de Grande y la pompa con que la inauguración oficial del comercio puso proa al futuro, cancha de pelota vasca reparada y comida abundante para los que se sumaron al festejo. Se vendía lindo y parejo en la Azotea Grande: latas de sardinas, galletitas y dulces; tijeras de esquila; copas; vasos; pimentón dulce; veneno; municiones; cigarros de varias marcas; vinos; hilos por kilogramo; candados; jabones; medias; caña quemada; soda; arroz; alpargatas; fideos; kerosén; camaño; latas de alquitrán; carbón; corderos; pasas de uva; velas; licor de menta; caramelos; fósforos; baldes de 15 litros; agua palan; azúcar; castañas; latas de hidrocarburo; refrescos; pinceles; lámparas; tarros de duraznos; fariña; botines de lona; rebenques; hasta latas de ostras. Y con los años venideros siguió creciendo, acumulando más servicios: un billar, dos vagones, un sulky, servicio telefónico en las dos casas de comercio, la compra y construcción de una letrina, un chiquero para cerdos, un galpón para maderas y carruajes, molinillo de café, maquina envasadora de sodas y sifones, mesas y sillas...

La abuela regaba las plantas de su casa de Lezama cuando se cayó. Dio un pasito de más, amparada en el ímpetu y la vitalidad que le permitió vivir sola en el pueblo que la adoptó al abandonar la Azotea, aún joven, donde conoció a su marido y armó familia e historia propia. Sola vivió, desde que enviudó y los hijos buscaron su destino. A los noventa y pico se arreglaba fenómeno. Sola estaba cuando perdió equilibrio... El impacto llevó al doloroso desarraigo. Y en ese tránsito final con la memoria selectiva, la confusión del presente era claridad en la mirada al pasado... ovillos

de lana en la canasta de mimbre, tardes de breve soledad, bullicio y siluetas la mayoría del tiempo en la Azotea Grande; más que una casa de comercio, devenida luego ámbito de reunión en el puro campo periférico con los límites de Chascomús.

Entre esos documentos que dan más luz al relato, está el testimonio de Raúl Eugenio Fernandino en sus "Apuntes para la historia de Lezama". Con mirada de niño recuerda "la vieja edificación de tres pórticos, uno principal y dos laterales que se abrían hacia el este el primero, al norte y al sur los restantes; la puerta de dos hojas dando acceso al mostrador principal; el gran portón de hierro forjado, enmarcado por dos pilares de mampostería de unos tres metros de altura, sosteniendo el gran pórtico de arco de medio punto de estilo romántico y en cuyo centro se encontraba una especie de escudo heráldico con una flecha ya borrosa por aquellos años.

Rememora Fernandino "la antigua entrada oficial de las volantas, sulkys y otros carruajes de la época que llegaban al patio central que servía de recepción de invitados y viajeros; el salón de ventas en cuyos estantes se abarrotaban bebidas de todo tipo; el espectáculo aparte que significaba la sección menaje, bazar y ferretería con dos niveles, la inferior con puertas corredizas que almacenaban ollas, pavas, cacerolas, sartenes, platos, y la superior de veinte metros de longitud construida en marquetería de cedro, con puertas de dos hojas y que guardaba las lozas, porcelanas, copas, vasos, jarras y jarrones de cristal; las puertas que conducían al salón comedor familiar, cuyos ventanales daban al patio central y a la contaduría donde reinaba Pedro Compás...". Apunta que "en ángulo recto al salón se encontraba la abigarrada sección ferretería y en el contrafrente la talabartería. Unas pocas mesas dispuestas frente al mostrador servían de espacio de reunión para los parroquianos, que en época estival desbordaba de visitantes..."

No era para menos. Lo que ahora es la Ruta 2, entonces, unos kilómetros más al oeste, era un trazo de tierra despajeado que unía Florencio Varela con Mar del Plata y la Azotea Grande era una parada necesaria. A tal punto que el Automóvil Club Argentino, como se cuenta en el libro *Nace un pueblo*, "instaló ahí la primera casilla caminera del país, con abastecimiento para el automovilista

con dos surtidores de nafta, venta de aceite, grasa, lavado, emparchado de cámaras, y un servicio mecánico ligero". Y agrega: "el completo servicio incluía un teléfono conectado a Buenos Aires y Mar Del Plata. Precisamente, la casilla citada fue instalada a instancias de Don Bernardo Compás, que así sumó un nuevo servicio a los viajeros que en los veranos utilizaban como parada obligatoria la amplia arboleda que franqueaba la cancha de bochas y el campo de fútbol. Allí se instalaban los exhaustos viajeros que compraban las vituallas para el viaje (embutidos, galletas de campo, bebidas) y a la sombra de los árboles devoraban los productos, hasta recomponer fuerzas para seguir el largo y polvoriento trayecto a la Perla del Atlántico o la Capital Federal".

Pero la Azotea Grande era mucho más que un centro de abastecimiento. Era por sobre toda las cosas el núcleo de reunión social, con cualquier pretexto, incluso la conmemoración de alguna fecha patria. Las romerías tenían banda de música propia traída de Buenos Aires. La abuela, ahora sí, vivió de cuerpo entero el festín, ejecutantes "vestidos con sus uniformes paramilitares y las cabezas cubiertas con gorra de visera... mientras en el parque se jugaba al tiro al blanco, pelotazo al negro, anillos al cuello de cisne y la ruleta giraba en una rueda numerada, que al detenerse marcaba el número ganador en medio de los gritos de júbilo o decepción". Para poner luz al encuentro, "se contrataba la usina transportada de Mazzaro que accionado a polea con un motor de camión o automóvil distribuía por el patio la ansiada luz de los multicolores focos esparcidos en telaraña". Las romerías comenzaban "con el disparo de tres bombas de estruendo a las ocho de la noche y a las doce otras tres anunciaban el fin hasta el día siguiente y como preanuncio de una jolgoriosa semana. El baile comenzaba con un paso doble y la bullanguera jota era el cierre del encuentro".

A la abuela le llamaban la atención las carreras de caballos y más desde que la Azotea Grande tuvo hipódromo propio, con una pista de 1200 metros. Si hoy viviera y fuera joven, jugaría a la pelota, con la pasión intensa que ahora despierta el fútbol en las chicas. Ella, me dijo, no "era de nadie" pero de chica, claro está, hinchaba por el Azotea Grande Foot Ball Club fundado en 1927 y

clásico rival del Club Manuel José Cobo de Lezama.

A ese pueblo, como apunté antes, fue la abuela a vivir cuando la Azotea Grande cayó en desgracia. El fallecimiento de su propulsor, Bernardo Compás, el 3 de octubre de 1935, abrió la herida. Al silencio de la abuela al respecto, pongamos de relieve las palabras de Fernandino al relatar aquel triste episodio: "Estaba la Azotea Grande colmada de vecinos que habían llegado de todas partes cercanas y no tanto. A lo que fue su templo y su hogar. Todos estábamos allí, chicos y grandes. Retiramos su féretro desde su dormitorio, siguiendo la marcha por el corredor de la casa, hasta el pórtico o zaguán a dos hojas de medio punto o estilo romano, de ahí se retomó por el hermoso parque lateral, para desembarcar en los portones que daban acceso a la cancha de fútbol -donde esperaba la carroza fúnebre- para trasladarlo al Campo Santo de la ciudad de Chascomús... por esos días todo el camino era de tierra, así, Lezama, Monasterio, Adela, Chascomús... los autos contratados y los del vecindario, repletos, no dieron abasto (sic) al traslado de todos. Yo entre ellos: porque era chico". El desangre del inmueble que fue proveedor de mercaderías y festejos lo produjo la construcción de la nueva ruta 2.

La abuela, con parte de la familia, debió mudarse a Lezama, el pueblo que impuso hace poco la elección de regir autónomamente sus destinos, dueño de los buenos sueños y el sosiego. Hizo la abuela su camino y en la casa sobre la Cobos -calle principal- acumuló vivencias.

Una tarde, reitero, fue a echar agua en un cantero, estiró la pierna más de lo debido, y... Recompusieron los médicos los huesos dañados de su cuerpo a kilómetros del hogar. La abuela sintió algo más que la caída. Y su mente perdió el presente para recuperar el pasado en su cuenta final. En un momento dijo que estaba cansada, que era hora de partir. Pero unos días antes, como despedida, se permitió ser la niña de la galería calurosa en la Azotea Grande. Le dije: "abuela, ¿te acordás como era...?"

Y la abuela se sentó cómoda en su silla, puso la lana entre las piernas, y empezó a armar ovillos que luego, cuidadosamente, puso sobre una canasta de mimbre.